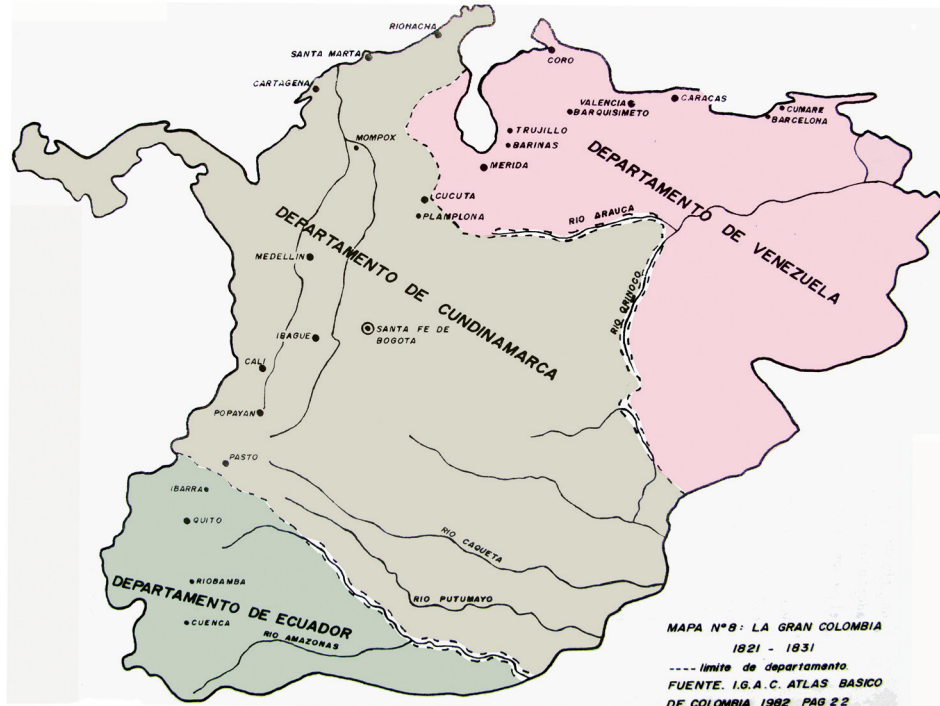


# PLAZAS Y GRANDES PLAZAS EN LA GRAN COLOMBIA. ALGUNAS NOTAS SOBRE SU FUNCIÓN SOCIO-POLÍTICA\*

Pierre Gilhodes



La Gran Colombia (1821-1831). Fuente: IGAC, Atlas Básico de Colombia, 1982, p. 22. (Tomado del libro: Proceso de Urbanización en Colombia, de Nidia Gutiérrez)

La Plaza mayor en las fundaciones españolas de América procede de una decisión de emanación real bien estudiada por F. Chevalier en su intervención de octubre de 1976.

Este cuadrado vacío e inicial del tablero de damas sobre el que se abren la iglesia y el cabildo, eventualmente la prisión, casi siempre la picota está al inicio de todas las aglomeraciones en las primeras ciudades pero también hoy en las fundaciones de frontera agrícola o minera.

Para nosotros, cuando nos ocupamos del período republicano y bajo el aspecto político no podemos más que sorprendernos por la longevidad de las funciones tan bien evidenciadas por el profesor Gautier Dalché para Castilla la Vieja. El olmo puede por supuesto ser reemplazado por la majestuosa ceiba y sus escoltas de flamboyanes, pero las autoridades municipales se sientan (en la plaza) y convocan a la población, constituyente primario.

El incidente inicial de la Independencia en Santa Fe de Bogotá tiene lugar en julio de 1810 sobre un rincón de la plaza. En Caracas, Bogotá, más tarde, en 1821, en Panamá, los Cabildos abiertos de este período se mantienen.

El tiempo aporta algunas modificaciones: las nuevas estructuras estatales determinan, sobre la plaza de las capitales o en sus alrededores más inmediatos, la construcción de Palacios de Congresos más grandes unos que otros a la imagen del Capitolio de Washington o de edificios neoclásicos. En Caracas, el Congreso que domina la cúpula dorada “se come” el emplazamiento de la plaza y absorbe un poco la función que no completa la plaza Bolívar. Es cierto que en esta ciudad, en virtud del poder de los barrios, hay como un estallido, hacia las parroquias y sus plazas, de las funciones de la plaza mayor. Estas parroquias de

origen religioso, que tienen aún una existencia administrativa, siguen vivas. En Bogotá por el contrario, en la plaza Bolívar, se abren el Congreso y su pórtico, la catedral y el palacio del arzobispo, el ayuntamiento y hoy un Palacio de justicia de arquitectura poco atrayente.

En Panamá, en la plaza se codean el ayuntamiento y la catedral así como, símbolo de un tiempo pasado, los edificios de la Compañía universal del canal, el canal francés como se le llama aún allí.

Ciertas grandes plazas de metrópolis en decadencia como Santa Fe de Antioquia conservan sus altas y sobrias construcciones: la de Ciudad Bolívar, la antigua Angostura, sobre una altura que domina el Orinoco también ha conservado el encanto provincial del tiempo en que fue la capital de los hombres libres del Libertador.

Desde el s. XIX, igualmente, árboles y frondosidad o estanques. En ciertos casos un verdadero parque como en Caracas y el clima los hace aún más agradables. Es cierto para las ciudades y es cierto para las aldeas. Pero el s. XX y sus problemas de transporte las han destruido en ciertos casos para pavimentarlas, erigir en ellas estatuas(...). Hay sin embargo, más allá del desbordamiento de los automóviles, una tendencia a desviar la circulación, a hacer zonas reservadas al peatón.

La Plaza mayor es un centro importante de la vida política. Desaparecida en una Venezuela donde, desde Guzmán Blanco a Gómez, no se tenía preocupación por reunir a los ciudadanos, hubo en 1945 una tentativa de crear uno (un centro) con la Plaza del Silencio: sus blancos arcos se han vuelto hoy un zoco y es la desembocadura de una autopista urbana así como una estación de autobuses. Se mantienen así reuniones, a falta de algo mejor, en la avenida de la Universidad, la antigua Universidad poco funcional ya que es larga pero estrecha y además está llena de árboles en su centro. Es quizá por esto que más bien se hacen allí marchas políticas que reuniones. Estas últimas se mantienen pues en las arenas.

En Panamá, la vida política se concentraba, en el s. XIX, fuera de las murallas, en la plaza del hirviente arrabal de Santa Ana donde los “demagogos liberales” convocaban a la gente de color.

Pero en Bogotá, la Plaza Bolívar es el lugar más alto de la vida política. Zona de tolerancia y de libre concentración en un país donde la tolerancia no es la virtud fundamental. Ciertamente, el Bogotazo de abril de 1948 tendrá lugar allí parcialmente (aunque uno de sus objetivos, la Conferencia Panamericana, tiene lugar en el Palacio del Congreso). Aparte de esta excepción, no hay prácticamente ejemplos de desórdenes, de enfrentamientos que no sean verbales. Es necesario haber visto, en 1966 y después en 1970, las multitudes rugientes de los suburbios convocadas por el general Rojas Pinilla, su ídolo de entonces, arremolinarse en búsqueda de la única salida que dejaban libre las fuerzas del orden nada menos que participantes para decirse que este carácter de zona de paz que tiene la Plaza de Bolívar se debe a veces a un milagro. Los partidos políticos celebran mítines libremente, liberales, conservadores, comunistas, entregándose a una demostración de su capacidad de movilización que no siempre confirma el veredicto de las urnas. Esta tolerancia se mantiene incluso durante los períodos de estado de sitio casi permanente desde 1948. La tolerancia se extiende hasta las salas del Congreso, Senado y Cámara atribuidas a las organizaciones políticas o cívicas tanto si son de la mayoría como de la oposición.

En la plaza o en los escalones del Congreso los políticos se pasean, pueden ser abordados; simbólicamente el presidente de la República la atraviesa a pie el 20 de julio de cada año para abrir la sesión parlamentaria.

¿Hay que atribuir esta tolerancia a la sombra imponente de la Catedral, tregua de Dios impuesta por una Iglesia muy presente? ¿Hay que atribuirla más bien al orgullo republicano de los colombianos, altaneros elogiadores de la continuidad constitucional?

Ciertamente, las manifestaciones sindicales tienen tendencia a tener lugar a algunas cuadras (manzanas) de distancia de la plaza de la Gobernación, un cruce sin embargo incómodo, y a veces en las arenas, pero el verdadero examen es la Plaza de Bolívar que Gaitán, líder popular, hizo desbordar hace veinticinco años. ¿Quién otro lo hará?

El rápido crecimiento de las grandes ciudades plantea hoy problemas creando entre otros la imposibilidad de concentrar la vida social en un único lugar.

La vida democrática quizá no es ejemplar, pero la socialización de la Plaza es un hecho importante. Lo que es cierto en Bogotá, lo es en Medellín en la plaza de Berrio o en Cali en la plaza Caycedo. La violencia parece detenerse a sus puertas ya que ella es el símbolo de la unidad nacional. Un pueblo, Fresno en Tolima, si lo desean, sirve de testimonio: la comuna ocupa una vertiente de la montaña, el centro urbano es también más o menos el centro geográfico. En la parte de abajo del pueblo la población mestiza es liberal y hay tendencias de las más avanzadas del liberalismo, lo pueden constatar descifrando las inscripciones políticas en la calle, son de color rojo. En la parte de arriba la población es blanca, originaria de Antioquia y conservadora, las inscripciones en la calle son de color azul. La frontera entre las dos comunidades de este centro del café es una zona de violencia pero esta frontera pasa justo sobre la plaza del pueblo y ésta es, en general, pacífica.

Este centro de la vida política democrática es antiguo, democracia patricia de los cabildos, censal de la República del s. XIX.

Me parece, por otro lado, que en contradicción con las normas constitucionales, con la simbología política tomada desde el s. XIX de nuestras instituciones y prácticas individualistas tanto de Europa occidental como de los Estados Unidos, ¿Es de hecho la supervivencia de un tipo de vida política comunitaria, indígena? ¿hispanica? – Sería necesario aquí invocar la clarividencia de un Joaquim Costa-. La plaza, lugar de agrupación por excelencia, se presta a ello más que cualquier otro lugar. Pero: ¿No es la plaza también un símbolo de la centralización política o incluso de una cierta forma de desposesión de los ciudadanos mientras que los fenómenos de parroquias como mínimo en los grandes centros serían la marca de una vida asociativa más rica?